

estas lenguas, ni de las otras que se hablen, puede darse palabra, chica ni grande, sin acento, siendo éste como... "alma de la voz", al decir de un gramático viejo y sabio lingüista.

Sólo que las voces o palabras, en sus uniones, más o menos íntimas, dan su acento a la precedente o la siguiente, siendo en tales casos "enclíticas" o "proclíticas", según se agregan al fin o al principio de las que cargan con su acento. Por lo demás, enclíticas y proclíticas son especies del género "enclinomeno", según Littré (Dic. t. II, p. 1374), y no precisa que una voz se junte a otra materialmente para que ambas se pronuncien como una sola palabra. De modo que el verso de Racine: "Le jour n'est pas plus pur que le fond de mon coeur", bien leído, consta de cinco palabras con acento en **jour, pas, pur, fond** y **coeur**. Por supuesto que el sabio Littré, con 40 años de trabajo para escribir su obra maestra, está por la Academia y contra Unamuno con sus 16 años de explicar griego, en punto al acento de toda palabra, puesto que dice en el lugar citado: "enclítica, palabra que, perdiendo su acento, se liga a la precedente de la que en realidad forma parte para la pronunciación". Y lo mismo dice la Academia, de ambas voces, enclíticas y proclíticas, sin copiar a Littré, por supuesto, sino afirmando la verdad del caso.

* * *

En efecto, la Gramática de la Lengua Castellana por la Real Academia Española, página 339 (ed. de 1911), dice: "Algunas palabras monosílabas tienen la particularidad de pronunciarse sin acento, es decir, enclíticas, apoyándose en el acento de la voz inmediata". Y llama "enclítica" toda voz que da su acento a la inmediata, sea por el principio o por el fin, sin cuidarse de "proclíticos", invención relativamente moderna del gramático alemán Her-

mann. También dice a propósito de lo mismo: "Tal sucede con el artículo, con la forma breve de los pronombres personal y posesivo, y con las preposiciones y conjunciones". Así, "la-casa de-Pedro", "di-me si-vienes" sólo son dos pares de palabras llanas, o acentuadas, cada cual, en su penúltima sílaba.

Pero entiendo que aun pudiera juntarse a esas partículas cualquiera voz disílaba o monosílaba, y hasta varias voces, como "proclíticas", si bien esto, acaso, nos metería en los términos llamados "enclinomenos". Por ejemplo, si alguien dice: "El sabio de Unamuno yerra por capricho", todo lector de buen oído entiende "Unamuno yerra", siendo puro "enclinómeno", y por ambos lados: "el sabio de" y "por capricho". ¿Y el sordo, qué hace? Pues ese lo convierte todo en sustancia, en cuenta las Poesías que su autor "lanza a los bárbaros"... Ahora ¡gracias a Dios! "el aire me da huelgo", y puedo elogiar a quien lo merece, mayormente no teniendo margaritas que echar a los puercos de la piara epicúrea.

Las voces que nuestro admirado autor — y catedrático helenista de Salamanca — supone "átonas", o "sin acento", no lo son "per se", como dirían los viejos de allá, sino "porcuanto" dan a otras su propio y natural acento. Y así lo dice la Academia y todos lo entendemos, sin griego ni latín ni lenguas comparadas: sólo con un poco de acústica aplicada a la voz humana. Y por cierto que para estar firme yo — mero estudiante — contra el famoso catedrático, en este asunto de prosodia general, no necesito de autoridades académicas, ni de monumentales diccionarios, ni de Diomedes, gramático del siglo quinto y psicólogo de las palabras, ni de Cicerón, quien dijo "que hay también en el decir cierta especie de canto", considerando las palabras como seres vivos y animados. Para sostener mi posición basta la física de Humanidades Mo-